

IXIAR ROZAS

Negutegia

Invernario

Traducción:
IXIAR ROZAS



ÍNDICE

<i>Sobre Negutegia</i>	6
Los ojos de Omar	7
Emi y el tiempo	21
Dede y el espacio	71
Paréntesis abiertos	117
<i>Agradecimientos</i>	139

Los ojos de Omar

EL SILENCIO era un grillo hambriento. El hambre recorría nuestros cuerpos como pez en el agua, igual que cuando las palabras no dichas pueblan el silencio. Qué es para ti el silencio, solía preguntar a Gastone nada más llegar a la Gorgona. Me decía que esperara a los grillos, que él sólo oía grillos y cigarras de noche, al final del día.

Ahora sólo oigo el mar. Y el silencio es una pregunta incesante. Tal vez una respuesta. En los invernaderos las preguntas y las respuestas se van pareciendo. No hay respuestas cerradas y éstas saltan a otra pregunta, al mismo silencio, a la misma temperatura del cuerpo.

¡Omar!

Mi nombre. Una, dos, tres veces. Salgo de la barraca de piedra. Algo ha cambiado en el aire. La niebla tampoco es la misma.

En los días con bruma, las rocas son animales que se interpelan. Se estiran, alargan más sus garras y su boca para palpar el mar, mar que rastrea la superficie, cubre con su sábana las ausencias del mundo, lo vacía todo de memoria.

En los días con bruma, algunos animales duermen en las rocas. Otros, vigilan atentos. Las medusas, las gorgonas, no viven en las rocas. Siempre despiertas, esperan a mostrar su rostro. Atrapar tus ojos. Cegarte. Convertirte en piedra, de camino al infierno de Dante. Hay que taparse los ojos para no hacerse piedra, con las manos, con la hierba, con las rocas, para no mirar a las medusas. O silbar, como dice Gastone, buscar el sonido de una flauta.

En los días con bruma, la tramontana sopla con más fuerza. Golpea, abre las ventanas, también las del cuerpo si están despiertas. Entra, sube por los huesos, como por una tubería roñosa y los infla, los huesos, los ojos.

Por eso he tenido que acostumbrarme a este viento. Preferiría no detenerme en los relieves de esta tierra, ya erosionados, y mirar la niebla, los golpes del viento en puertas y ventanas, el sol que logra asomarse sin pudor.

Aclara el agua. Avanza tras una delgada línea roja y va iluminando los pliegues del mar. Cuando llega a las rocas, los animales se estiran perezosos. Y calienta los recovecos, en silencio, a medida que avanza el invierno.

Cuando está despejado sólo se ve la llanura del mar, blanca, en toda su extensión.

A principios de febrero el sol alcanza la colina más alta y llega hasta la barraca. Es de piedra volcánica, circular, antigua, las piedras forman una espiral en el techo y la luz se cuele por algún resquicio. Tumbarse sobre las piedras en posición fetal para sentir el calor que en algún momento perteneció a la tierra. Coger una piedra en el regazo y entrar en letargo.

A finales de febrero, el sol entra en la barraca. El presente, con sus zarzas y arbustos se lleva todo rastro del pasado. Y en ese momento resulta difícil mirar hacia atrás, imaginar los habitantes de antaño y sus torres vigías.

La isla de la Gorgona pertenece al presente.

Y ya no sabes dónde estás.

Subes a la barraca para ver las colinas, el otro lado. Sólo el mar. El faro ya se ha apagado.

¡Omar!

Oigo mi nombre, desde el vivero. Mi nombre una, dos, tres veces. Salgo de la barraca. Algo ha cambiado en el aire. Mi nombre por cuarta vez. Desde que he visto el cadáver en el acantilado tampoco la niebla es la misma. Al mediodía el sol calentará indeciso, ante la incertidumbre de que haya podido ser uno de nosotros.

Para esta hora ya deben de estar buscando al culpable.

Tomo el camino del vivero.

Las langostas pegan su cabeza contra el plástico del acuario. *Palaemonetes*, siempre con los ojos en el plástico para recordarte que están ahí. Siguen el movimiento de mi dedo, primero a un lado y luego a otro. Dejan de ser piedras estáticas, alargan la cabeza y se mueven como marionetas de hierro. Me miran con burbujas en los ojos, parecen decirme que no debo fijarme en las medusas y en las gorgonas, y que en el mar son otros los que mandan. Y si el mar decidiera un día llegar a tierra con todas sus fuerzas. Arrástrame primero, por favor, para no que no tenga que quedarme aquí.

Son las ocho y media. Me he retrasado media hora. Es la primera vez que llego tarde desde que me hicieron responsable del vivero. Necesitaba asegurarme de que también más allá de la barraca hay agua, que estoy en una isla. Pero de pronto el cadáver en el acantilado, pálido. Y mi nombre cuatro veces, desde el vivero, con el viento.

La tramontana encrespa la superficie del mar. A medida que avanza el día, el agua será más blanca, casi helada. Y al atardecer, hielo plomizo en la superficie del mar, igual que mis ojos buscando las langostas. Hace ya un día que ningún barco pesquero se ha acercado a la isla. Las gaviotas se lamentan, no pueden comer los restos que han quedado en las redes.

Mi dedo busca las langostas en uno de los acuarios del vivero. Los vigilantes me recuerdan que he llegado tarde, el hecho de ser biólogo no me da ninguna ventaja frente a los demás.

Lentamente me voy acostumbrando a esta temporalidad, ya no corro ni delante ni detrás del tiempo. Y por fin volveremos a vernos, el 29 de febrero, día olvidado del calendario. Y ya no sé si seguiré hambrientos, Emi, Dede, pero cuando nos encontremos perderé, nuevamente, mis ojos silenciados.